

DOMINGO DEL MONTE Y APONTE

**(Conferencia leída el 10 de mayo de 2014, en la sección
Cátedra de la Zulianidad de la Academia de Historia del
Estado Zulia, en el Museo Histórico Gral. Rafael
Urdaneta)**

Kurt Nagel von Jess

El ser humano, materia y espíritu con vida, produce hechos, unas veces voluntaria u otras involuntariamente, con proyección individual algunos y sociales otros. Como tal objeto de estudio, presenta múltiples y variados aspectos, entre otros: el general estudiado por la Filosofía y el particular por la Historia. De esa manera va dejando huellas tanto en su ámbito individual como en el social en donde le corresponde actuar.

De ahí que la Historia así concebida, sin que ya no se discuta, es una verdadera ciencia de lo particular y a la vez de lo social, teórica, pura que tiene por objeto el estudio de los hechos del ser humano en el pasado, para explicar los hechos del presente y obtener experiencias para el futuro.

Ello ha determinado dos tipos de Historia: la que los franceses han dado en llamar “la grande histoire” y la otra, la “petite histoire”.-

De la primera es mucho lo que se ha investigado, analizado y expresado. De la segunda pareciera que la desdeñáramos; que hubiésemos olvidado que los acontecimientos de la “petite histoire” han sido el origen, la causa, la conformación de los grandes acontecimientos.-

Maracaibo no ha escapado a ello. Hay mucho aún que develar de los hechos de esa “petite histoire”. Traigo a colación algunos ejemplos: los de cómo funcionaban las castas y los estamentos durante la época colonial; los de las creencias en leyendas y fantasmas y su veracidad; los de piratas y de tesoros ocultos, como por ejemplo la historia de una princesa alemana huyendo de su marido, con su hijo recién nacido; refugiada en San José de la Matilla, su suicidio y el hallazgo de su cuerpo y el del bebé así como el de la ampolla del veneno; el de la llegada de la tablita de la Chiquinquirá; la manera como se fraguó su esplendorosa corona; los de los lugares donde se encuentran, en los pisos de la catedral y en criptas de otras iglesias, sepulcros de gente ilustre; el de la construcción de la iglesia de Cristo de Aranza, la estructura eclesiástica más antigua; los vínculos familiares y de compadrazgo que determinaron el poderío de ciertos estratos sociales y núcleos familiares que de una u otra manera impulsaron el quehacer de la región; los asesinatos y hechos delictivos, como el de la Caballero, y el de un tal Baralt, el famoso duelo de Yepes y Warnecross; el de la verdadera razón del bombardeo de San Carlos durante el bloqueo de nuestra barra que ha sido tergiversado; el por qué tanto José Rafael Pocaterra como el Pbro. José Tomás de Urdaneta fueron obligados a abandonar la ciudad; el de cómo y el de por qué el Gral. Urdaneta, ludópata empedernido, perdió la propiedad que era del Marqués de Santa Cruz y que como botín de guerra se le había asignado; las aventuras de un piloto maracaibero en la I Guerra Mundial fundador de la fuerza aérea venezolana; el diario de Plumacher, un cónsul norteamericano; las que relata Jinderson Quiroz, un joven maracaibero de origen colombiano en su reciente obra “10 secretos ocultos de Maracaibo”; el hallazgo de unas fotos

antiguas en un desván y el encuentro del diario de la propietaria de aquellas fotos, lo que se plasmó en el libro de la señora Gross; el del hallazgo circunstancial de la partida de matrimonio de un hermano desconocido del Libertador; la del Andrés Bello cubano y la de otros beneméritos zulianos, y muchísimas otras anécdotas más que han puesto en el tapete de la historia local, nacional y mundial nuestro querido terruño y muchos de los cuales he ido recopilando.

Muchos de ellos han llamado mi atención. Hoy traigo, para el conocimiento, una de esa pequeñas y aparentemente tontas historietas, que han ido de alguna manera reproduciendo otras no solo más interesantes, sino más importantes, que pudieran enriquecer nuestra historia vernácula.

Esta me liga al personaje que hoy trato someramente. Perdonen si quizás no tenga importancia, pero es el producto de mi curiosidad y de mi espíritu averiguador.

Hace unos 50 años, un anciano y el Dr. Hercolino Adrianza Álvarez, mi profesor de Finanzas Públicas, frente al cafetín de la Facultad de Derecho de LUZ en La Siega, charlaban. El anciano le decía al profesor Adrianza estar bastante desilusionado porque no conseguía la partida de nacimiento del “Andrés Bello Cubano”. Apenas puede oír la mención de su nombre.

Casualmente había comenzado mis investigaciones genealógicas para comprobar mis documentos de identidad. Ello me llevó a recopilar prácticamente la totalidad de los archivos parroquiales de Maracaibo desde la época colonial. Aquel nombre me resultaba familiar, pero su relevancia me era completamente desconocida.

Educadamente interrumpí la conversación y le dije al anciano que estaba en capacidad de darle los datos que buscaba. Su mirada de asombro fue tal que casi me deja desarmado. ¿Cómo era posible que aquel estudiante bisoño hubiera podido lograr aquello que con tanta insistencia él había estado buscando por largo tiempo?

Al otro día cumplí mi promesa. Su asombro fue aún mayor. Me preguntó entonces, sorprendido y curioso, cómo y por qué la había conseguido. Le expuse mis motivos. Preguntóme entonces si sabía algo de Baralt. Al asegurarle que había reconstruido toda la genealogía de aquel ilustre zuliano, su entusiasmo fue en aumento. Hizo que le presentara el resultado de mis investigaciones. Usando de su prestigio y de sus enormes influencias en el ámbito de las autoridades universitarias, no solo patrocinó, sino que prologó lo que iba a ser mi primera publicación, que las huestes comunistas, marxistas-leninistas plagadas de resentidos sociales, en una especie de pira, a manera de auto sacramental medieval, en forma pública, y bailando desaforados a su alrededor como espíritus malignos, quemaron en los patios de LUZ.

Aquel venerable anciano era nada menos que don Agustín Millares Carlo, el más grande paleógrafo y paleólogo de lengua castellana de entonces (PALEOGRAFIA: disciplina auxiliar de la Historia que estudia la escritura y los signos de los libros y documentos antiguos). (PALEOLOGIA: ciencia auxiliar de la Historia que estudia las culturas antiguas y los idiomas de otras épocas).

Y descubrí entonces también, quien era aquel personaje de la historia de mi ciudad totalmente desconocido para mí; un ilustre que había trascendido sus confines. Me vi en la

necesidad de saber entonces quien era ese que llamaban el “Andrés Bello Cubano”.

Con el tiempo me enteré que el mismo Dr. Adrianza había escrito varios artículos sobre este personaje. Mas tarde me obsequiaron una biografía muy completa, documentada y muy bien escrita por el autor cubano Urbano Martínez Carmenate (Matanzas) (1988), y supe de otro artículo escrito por Lisandro Otero publicado en el Papel Literario de El Nacional, titulado “El venezolano que fundó la cultura cubana” (12 de agosto de 1990). Logré también tomar datos en el excelente Diccionario General del Zulia de nuestros compañeros Luis Guillermo Hernández y Jesús Ángel Parra.

Pero lo que recientemente me volvió a llamar aún más la atención fue cuando leí el libro “La reina de oros” del autor español José María Zavala, adquirido por mi esposa en Madrid, en el que, en la página 88, para mi sorpresa, encontré referencias de este ilustre maracaibero. Allí, en ese libro que trata de las andanzas de María Cristina de Borbón, la cuarta y última esposa del tristemente célebre Fernando VII, madre de Isabel II, no solo se menciona a Bolívar (págs. 171-172), a Juan José Flores (págs. 171-186), a Francisco Herrera Luque (pág. 140) y a Rafael María Baralt (pag. 184), entre muchos, sino también surge este personaje nacido en Maracaibo, y la importancia que tuvo, no solo a nivel de su patria adoptiva, sino en los anales hispánico-americanos.

El “Andrés Bello Cubano” Domingo María de las Nieves del Monte y Aponte, quien usó como pseudónimo el de “Br. Toribio Sánchez de Almodóvar”, nació en Maracaibo, el 4

de agosto de 1804 y falleció en Madrid el 4 de noviembre de 1853; era hijo legítimo de Leonardo del Monte y Medrano y de Rosa Aponte y Sánchez. Casó con la rica heredera cubana Rosa Aldama el 5 de abril de 1834 y se destacó como hombre público en la política, las letras y en las ciencias en su patria adoptiva.

Su padre Leonardo del Monte y Medrano, nacido en Santiago de los Caballeros -casado en primeras nupcias con Rita Morell de Santa Cruz y en segundas nupcias con Rosa Aponte y Sánchez- era un alto funcionario de la Corona Española que ejercía su cargo en Santo Domingo. Ante el avance de las tropas francesas en aquella isla tuvo que huir con su familia y trasladarse a Maracaibo donde arribó el 14 de febrero de 1801. Aquí llegó a ser teniente de gobernador, auditor de guerra y asesor del gobierno de Fernando de Miyares, el esposo de aquella ilustre dama Inés Mancebo, la nodriza blanca de nuestro libertador de quien aún poco se ha dicho.

Ante los acontecimientos de la Guerra de Independencia, los del Monte fueron de las muchas familias coloniales realistas que se vieron obligadas a refugiarse en Cuba. Será por eso que la vida de este personaje se desarrollará principalmente en aquella isla, último bastión del imperialismo español. En los libros mencionados están recopiladas muchas de las importantes actuaciones de este maracaibero ilustre. No las refiero aquí porque se haría sumamente largo y el tiempo del cual dispongo no me lo permitiría. Solo me limitaré a leerles los párrafos que encontré en el último libro mencionado y que llamaron mi atención:

La Censura

«El eco en la prensa se pagaba caro. Tal fue el caso de La Crónica, que el 4 de enero de 1834, dos semanas después de la declaración en Quitapesares, deslizó este comentario:

Ayer se presentó S. M. la Reina gobernadora en charavant, carruaje abierto, cuyos caballos dirigía uno de sus criados, y en el asiento del respaldo iba el capitán de guardias duque de Alagón.

En ambientes palaciegos se leyó con avidez la crónica, que indignó sobre todo a la reina, pues el criado al que se aludía no era otro que su amado Muñoz.

La respuesta del gobierno de Martínez de la Rosa no se hizo esperar, decretándose el cierre del periódico y el destierro de su editor, Pedro Jiménez de Haro, así como el del redactor que firmaba el artículo, Ángel Iznardi.

Con razón escribía el afectado Iznardi a su amigo cubano Domingo del Monte una desconocida carta, digno ejemplo del profesional integro, reacio a desvelar sus fuentes ante la adversidad.

Fechada el 24 de febrero de 1834, en Carabanchel Alto, la misiva contextualiza también la pugna política entre liberales y carlistas, a propósito de la relación de la reina con Muñoz, estando ya tan cercana la privanza de Godoy. Dice así:

“Aquí me tienes, desterrado de la Corte no sé por cuántos días: el motivo es el más liviano que tú te puedas figurar, porque se reduce a haber insertado la noticia de que la Reina había salido a paseo, gobernando los caballos de su coche uno de sus criados, según lo leerás en el número 5

de La Crónica, que te remito. La noticia la remitió a la redacción D. Andrés Arango, pero no conviniendo a éste dar la cara ni siendo decente que yo lo descubriera, me tienes aquí purgando pecados ajenos, sí es que ha habido pecado, que yo no lo creo. En Madrid se ha dicho que un tal Muñoz, a quien la reina ha elevado a gentilhombre desde guardia de corps, era precisamente el que iba rigiendo los caballos, y sea que la reina descubriese alguna alusión maligna en el artículo, cosa que yo no descubro ni hubiera consentido, o sea que a Muñoz disgustase que se le llamase criado, lo cierto es que el Superintendente de policía, por orden verbal de la reina suprimió La Crónica y me desterró. Te aseguro, Domingo mío, que en este lance he sentido mucho menos mi propia desgracia que el descrédito que ha traído sobre la reina esta medida arbitraria; porque, como tú sabrás, la suerte de los liberales de España está unida, en el día, con la de la reina, y el perderse ella es perdernos nosotros, al menos por ahora. Desde este suceso no queda cosa que no digan los carlistas de las relaciones de María Cristina con Muñoz, y como está tan cercana la privanza de Godoy, la comparación es cómoda de hacer y las consecuencias tristes de sacar”.

Si María Cristina de Borbón era suspicaz hasta ese extremo, se comprenderá mejor por qué guardaba tan celosamente su relación con Muñoz».

Cualquier similitud con situaciones parecidas es pura coincidencia.

Su genealogía pudiera remontarse a:

Pedro Pavón del Monte Pichardo, * en Palos de Moguer (vino con Colón)

Gonzalo Monte

Alonso Pérez de Almonte

Estos tres pobladores de Santo Domingo fueron posiblemente los antepasados pero nunca se ha podido establecer la relación.

A partir del censo de 1606 aparecen

Domingo del Monte Pichardo y González (tetrabuelo)

Francisco del Monte Pichardo y Mena (tatarabuelo)

Leonardo del Monte Pichardo y Villafaña (bisabuelo)

Juan del Monte y Tapia (abuelo)

Leonardo del Monte y Medrano (padre)